

LIBERTAD DE EXPRESION

José Agustín Goytisolo

Pensamos con palabras, compuestas con sonidos o letras, y con las palabras la humanidad ha ido formando un código de signos que llamamos lenguaje. Y de las palabras enunciativas o denotativas de un pensamiento concreto, fue surgiendo el pensamiento abstracto, el mundo de las ideas, que pese a su nombre, es tan real como cualquier cosa que esté en el mundo real: una piedra, una manzana o una cabra.

Con el paso de los siglos, el número de palabras creció, y se ensanchó y se enriqueció el lenguaje. Pero ^(con) ese devenir del tiempo se mudó el sentido originario de muchas palabras, y no siempre para bien, sino con significado ambiguo y hasta a veces completamente falseado.

Muchas personas usan, en beneficio propio, la ambigüedad del sentido de sus palabras en un discurso, para esconder, confundíendolas, sus auténticas intenciones. El caso más claro es la perversión del lenguaje que emplean muchos políticos, y la totalidad, más descarada y más inocente, de los comerciantes en sus anuncios.

Tanto políticos como comerciantes quieren vender: unos sus ideologías, y otros sus mercaderías. Empleando lenguajes llanos, corrientes, y usando como medios de comunicación la prensa y la radio, Hitler, Mussolini, Stalin o Franco, por citar los modelos más insignes, engañaron a millones de personas. Otros, no tan insignes, lo están haciendo hoy, y así seguirá siempre, hasta que la humanidad se autovacune. Si es urgente estar prevenidos y prevenir del torcido sentido de palabras que nos entran por la letra impresa, más urgente es defenderse y defender las imágenes que la televisión nos mete en casa. Sólo una correcta educación de lectores, oyentes y televidentes podría volver las palabras y las ideas a su justo sentido. Cuando se respeta y acata la libertad de opinión, debemos aguantar rebuznos, malevolencias y tergiversaciones. En la mayoría de los casos no vale la pena ejercer el derecho de réplica.